

L. C
—
151

LA APARICION

DE LA

SANTÍSIMA VIRGEN DE LA SALETA

DE LOS ALPES.

ROMANCE.

INTRODUCCION.

Hoy quiero dar de mi lira
á las juguetonas auras
los clamores sonoros,
las armonías galanas;
que hoy dedico sus acentos
á la Virgen Sacrosanta;
la que mi mas dulces trovas
á mi lábio siempre arranca;
la que siempre desde niño

con devocion entusiasta
he implorado fervoroso
en mis cuitas mas amargas.
Porque allá entre los albores
de mi vida se fijaban
mis pupilas en su imágen
que amorosa me miraba.
Dulce edad ¡ay! era aquella
en que la terrible Parca
las caricias de mi madre
aun feroz no me robara.

Dulce edad en que adormido
muchas veces en su falda,
al contacto de sus besos
alegre me despertaba.
Y entonces mi buena madre
á su seno me acercaba,
para darme los latidos
que de su afecto brotaban.
Y mostrándome del cielo
las nubes tornasoladas,
me decia con voz dulce,
que aun mis oidos regala:
«Niño mio de mis ojos,
hijo mio de mi alma,
tras de esa celeste bóveda,
que de nieve y rosa el alba
viste y argenta la luna
en la noche solitaria,
entre luceros brillantes
y entre estrellitas de plata;
tras de esa celeste bóveda,
que á veces las nubes pardas
tiñen, y el triste relámpago
con luz fosfórica inflama;
cuando los añosos árboles
fiero el huracan desgaja,
y los rios se desbordan,
y las olas encrespadas
al medroso navegante
embravecidas amagan;
tras de esa celeste bóveda
tan pura, hermosa y diáfana,
existe una gran Señora,
tan bella cual mi palabra
no es posible pintar pueda
ni nadie te la pintara:
que esa Señora, hijo mio,
ha llevado en sus entrañas
al Redentor de los hombres,
al que á la tierra bajara
llevado de amor inmenso
con que á los mortales ama.
Y esa Madre cariñosa
contempló entre tristes ansias,
primero, cual le prendieron,
y despues, cual le azotaban,
coronándole de espinas

entre burlas y algazara,
y ¡ay! en pos una cruz tosca,
que mucho, mucho pesaba,
vió que pusieron crueles
sobre su llagada espalda,
le llevaron á la cumbre
de una empinada montaña,
y á aquella cruz le enclavaron,
y vinagre é hiel mezclada
le dieron entre el escarnio
porque su sed apagara.
Y en tanto se le escucharon
frases de perdon magnánimas,
con que piedad para el hombre
á los cielos imploraba.»
Esto le oia á mi madre,
y yo siempre al escucharla
creia que de los cielos
la bóveda se rasgaba,
y entre celajes de nieve,
matizados de oro y nácar,
ver creia esa Señora
tan hermosa y tan galana,
que solo un punto con verla
mis ojos se deslumbraban.
Su sedosa cabellera
suelta y brillante flotaba,
su tersa frente el jazmin
por su blancura envidiara,
sus lábios de la amapola
rojo el color retrataban,
y sus pupilas azules
acariciando mi alma
en el éxtasis mas dulce
felice la embriagaban.
Y de entonces cuando sufro
de esta vida las borrascas;
cuando el fiero desengaño
implacable me maltrata,
y la pobreza me aflije,
y me apena la desgracia,
y en torno vuelvo los ojos
con el alma destrozada,
sin encontrar lenitivo
para mis cuitas amargas;
de entonces siempre recuerdo
de mi madre las palabras,

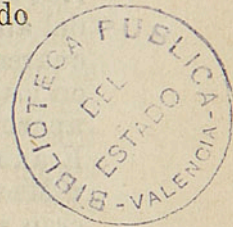
que entre besos y caricias
 en mi oído murmuraba,
 diciendo: «cuando yo muera,
 hijo mío, si te asalta
 despiadado el infortunio,
 si la pobreza te amaga,
 y te ves desamparado,
 sin hogar, sin pan, sin nada,
 recurre siempre en tus cuitas
 á la Reina Soberana
 de los cielos, y no dudes
 que si contrito la llamas,
 querrá siempre cariñosa
 secar tus ardientes lágrimas.»
 Y por eso yo al mirarme
 afligido, mis plegarias
 á ella elevo, y mis dolores
 siempre benévola calma.
 Que es tesoro de clemencia,
 do las afligidas almas
 hallan consuelo constante,
 resignacion y esperanza.
 Y ora este humilde poeta
 feliz entrega á las auras
 de su lira sonora
 las armonías galanas,
 para á su dulce murmullo
 cantar con voz entusiasta
 la grandeza y las bondades
 de la Virgen Sacrosanta;
 la que mi mas dulces trovas
 á mi lábio siempre arranca;
 la que siempre desde niño
 con devocion entusiasta
 he implorado fervoroso
 en mis cuitas mas amargas.
 Y tú pueblo que me escuchas,
 pueblo creyente de España,
 no desdeñes esta trova
 que mi afecto te consagra,
 y al conocer los prodigios
 que en mi cancion se relatan,
 inclínate reverente
 murmurando una plegaria
 á la Reina de los cielos
 que tanto y tanto te ama,
 que te dió para salvarte

al hijo de sus entrañas;
 y despues siempre solícita,
 cuando á Dios iluso agravias,
 que te perdone clemente
 humildosa le demanda.
 Lee, pues, este romance,
 pueblo de la noble España;
 romance que un gran suceso
 á mi mente le dictara,
 y del invierno aterido
 en la noche triste y larga,
 cuando del Euro se escuchan
 rugir las potentes ráfagas,
 y se oye el son continuado
 de la lluvia acompasada,
 entonces, vosotras madres,
 cual la mía, en vuestra falda
 colocad al pequeñuelo,
 que sonrisas os arranca,
 y entre el beso cariñoso
 y la caricia estremada
 que constante vuestro afecto
 con delirio le regala,
 referidle el episodio
 que aquí mi pluma relata;
 y cuando el niño sea hombre,
 lo mismo que á mí me pasa
 cuando á mi madre recuerdo
 entre suspiros y lágrimas,
 cubrirá de siempre vivas
 vuestra tumba solitaria.

I.

LA APARICION.

Lira mia, lira mia,
 lira que ya abandonada
 tuve á impulsos de pesares
 que mi pecho laceraban;
 lira mia, yo quisiera
 que hoy vigorosa vibraras,
 y tu acento desde un polo
 hasta el otro resonara.
 ¿Sabes tú lo que pretendo?
 pues quiero, lira galana,



cantar un día felice
 que la Virgen Sacrosanta
 deplorando los errores
 de tantas ilusas almas,
 á la tierra descendiendo
 afligida y apenada,
 hizo escuchar su sentida
 y cariñosa palabra.
 Y por eso yo quisiera,
 cuando las fuerzas me faltan,
 robustecer tus acentos,
 lira, que vibras cansada.
 Y por eso yo te ciño
 de rosas frescas y blancas
 que lo puro de mi afecto
 hácia la Virgen retratan;
 tus mas tiernas armonías
 á los espacios, pues lanza,
 aunque luego en pos ya nunca
 resuenen las notas lánguidas,
 tiernas, suaves, sentidas,
 que de tí siempre brotarán
 para cantar las creencias,
 las creencias de mi alma.
 Una tarde de Setiembre,
 rica en luz, serena y clara,
 del año mil ochocientos
 cuarenta y seis se encontraban
 en los Alpes dos pastores
 apacentando sus vacas.
 Eran niños todavía,
 y Maximino y Melania
 eran sus nombres; quince años
 la zagaleja contaba,
 y once solo el pastorcillo
 de que la tradición habla.
 Se encontraban, como digo,
 en un sitio que se llama
 La Saleta, y que coronan
 duras rocas encrespadas.
 Su comida allá á las doce
 hicieron, según es fama,
 y dormidos se quedaron
 aunque no lo acostumbraban.
 Al despertar, con sorpresa
 su ganado no encontraban,
 y fueron despavoridos

en su busca con mil ansias.
 Mas á poco le encontraron
 que tranquilo se estaba
 en un monte de allí próximo,
 conocido por el Gargas.
 Volvieron por los zurrones
 al sitio do los dejaron,
 que era donde hubo una fuente
 que entonces seca se hallaba,
 mas con espanto advirtieron
 que una claridad brotaba
 de aquel sitio, y temerosos
 se pararon en su marcha.
 Mas fijándose de nuevo,
 en una peña sentada
 miraron una Señora
 que un gran pesar demostraba.
 La tímida pastorcilla,
 la zagaleja Melania,
 sintió que el ánimo y fuerzas
 de improviso le faltaban,
 dejó caer el cayado
 y á seguir mas se negaba.
 Pero entonces Maximino
 la dijo por animarla:
 coje el cayado y no temas,
 si de hacernos daño trata,
 yo con el mio te ofrezco
 defenderte, y sabré darte
 un buen golpe... no lo dudes,
 ya verás:» aquí llegaba
 de su valiente arrebato,
 cuando vió que levantada
 la Señora con cariño
 y dulzura les miraba,
 y cruzándose de brazos
 les decía con voz clara,
 que armónica cual la brisa
 que por los cerros divaga,
 vibrante por los espacios
 y sonora resonaba:
 —«Hijos míos, pues les dijo,
 venid y no temáis nada,
 de daros una noticia
 tan solo mi afecto trata.»

II.

LA PROFECÍA.

¿Habeis oido en la noche
 primaveral, la enramada
 que se mece dulcemente
 cuando el cefirillo pasa;
 y el murmullo del arroyo
 oisteis cuando resbala
 con suave melodía
 sobre su lecho de plata;
 y del rio sonoro
 que entre los peñascos salta
 escuchasteis los acentos
 que paz infunden al alma;
 y de la mar adormida
 lijera rizada
 oisteis el son al lejos
 que suspirante se escapa?
 Pues con mayor melodía
 se oyó una voz que pausada
 decia á los pastorcillos
 que tímidos se acercaban:
 —«Nada temais, llegad cerca,
 y recordad las palabras,
 que á escuchar vais de mi lábio
 sin nunca mas olvidarlas.
 Hace muchísimo tiempo
 que de este mundo apiadada,
 yo la diestra de mi Hijo,
 yo sostengo sin dejarla
 que los castigos fulmine
 contra el mundo que le agravia.
 Mas su diestra pesa mucho,
 y si fuerzas me faltaran
 ¡ay, hijos! con honda pena,
 sin ya poder evitarlas,
 yo veria de los hombres
 las justísimas desgracias
 con que el Rey de cielo y tierra
 sus pecados castigara.
 Y sino, decidme, hijos,
 ¿rezais mucho?...

—Casi nada,

respondieron los pastores.
 —Ya lo veis, vuestras plegarias
 que á mi Hijo ablandarian
 son cada vez mas escasas.
 ¿Qué decirle cuando veo
 que un dia se reservara,
 uno tan solo en los siete
 que forman á la semana,
 y este dia se le roba,
 y pocos se lo consagran?
 Los templos se ven desiertos,
 y tan solo alguna anciana
 oye misa, y la cuaresma
 es apenas observada.
 Por donde quiera blasfemias
 se escuchan desenfrenadas,
 que hasta el trono de mi Hijo
 subiendo fieras é ingratas,
 mas le hieren que los clavos
 con que á la cruz le enclavaran.
 Pues bien, hijos, yo no puedo
 detener su mano airada,
 y á la tierra mil castigos
 muy brevemente amenazan.
 Las cosechas, casi todas,
 serán bien pronto agostadas,
 los niños enfermarán,
 y las madres con mil ansias
 veránlos en breves horas
 exhalar sufriendo el alma.
 Y habrá un hambre muy terrible,
 muy terrible y prolongada:
 mas si los hombres se humillan
 y á mi Hijo desagравian,
 reinará por donde quiera
 la salud, paz y abundancia.
 Id, añadió, id al punto,
 id Maximino y Melania
 y referidle á mi pueblo
 cuanto mi lábio os acaba
 de decir, y que conozcan
 cuan mal mi cariño pagan,
 que la diestra de mi Hijo
 detiene cuando irritada
 castigar quiere á los hombres,
 que de tal modo le agravian.»
 Dijo, y cual bella se pierde

la nube tornasolada
 por los bellos horizontes
 que el sol viste de oro y grana,
 se elevó hasta el firmamento
 la Señora que miraban
 los sencillos pastorcillos
 diciendo: «será una santa;
 ¿por qué no la habremos dicho
 que con ella nos llevara?»

III.

EL SECRETO.

Antes que por los espacios
 la Señora se elevara,
 un secreto á Maximino
 confió y otro á Melania,
 que tan solo transmitieron
 al Santo Padre, y relatan
 que al conocerlo el Pontífice
 casi derramando lágrimas,
 dijo: son grandes castigos
 que ¡ay! á la Europa amenazan.

IV.

EL ANIVERSARIO.

El 19 Setiembre
 es el día que bajara
 la Reina de los arcángeles
 al sitio do se encontraban
 el dichoso Maximino,
 la venturosa Melania,
 y el día que hacia un año
 por el monte desfilaban
 sesenta mil peregrinos
 que llevó la fé cristiana
 á prestar tierno homenaje
 á la Virgen Sacrosanta.
 En el sitio do la vieron
 los zagales, serpeaba
 una mansa fuentecilla

de salutífera agua,
 que sanó á todo el enfermo
 que á beberla se acercara.
 Muchísimos sacerdotes
 en aquel sitio se hallaban,
 y cuentan que ochenta misas
 fueron allí celebradas,
 y oídas con gran respeto
 y entre suspiros y lágrimas
 por los devotos romeros
 que á La Saleta llegaron
 de países muy remotos,
 de las tierras mas lejanas.
 Nebulosa dió principio
 aquella feliz mañana;
 pero á cosa de las diez
 los velos del sol se rasgan,
 y de sus rayos se inunda
 la pintoresca montaña.
 Y entonces vibró en los aires
 la melodía pausada
 de mas de quince mil voces
 que el *Magnificat* cantaban.
 Y diz que un buen sacerdote
 dijo con voz entusiasta:
 «Si cual la tradicion cuenta
 aquí no fuera bajada
 hace un año, de los cielos
 la Señora Soberana,
 sin duda que en este instante
 á nosotros se mostrara.»
 Y todos con fé ardentísima
 repitieron sin tardanza:
 «Si bajó, que de otro modo
 escuchando que hoy la llaman
 tantos hijos que la adoran,
 descenderia apiadada
 á secar el tierno llanto
 que nuestras megillas baña.»
 Y ¡quién lo duda! en el cielo
 al llegar tantas plegarias
 cual gratísimo perfume
 que un bello jardin emana,
 los ángeles sonrieron,
 y la Virgen Sacrosanta
 de su Hijo halló en la diestra
 todo un tesoro de gracia

con que á sus tiernos devotos
siempre amorosa regala.

V.

CONCLUSION.

Ya has oído mi romance,
pueblo de la noble España;
romance que un gran suceso
á mi mente le dictara,
y escribió mi pluma tosca,
mi pluma desaliñada.
Mas tú fijate en el fondo,
que claramente relata
cuánto á Dios ofende, cuánto
la blasfemia depravada
y el que le robes el día
que la Iglesia le consagra,
y no observes el ayuno

la Cuaresma al ser llegada.
Ya has visto cuánto padece
cuando su escelso Hijo agravias;
la que tanto, tanto y tanto
y tan de veras te ama,
que te dió para salvarte
al fruto de sus entrañas.
No olvides, pues, esta historia,
pueblo de la noble España,
y vosotras madres, todas
colocad en vuestra falda
al querido pequeñuelo
como mi madre cristiana,
y entre el beso cariñoso
y la caricia estremada,
repetidle de mi trova
los notas desaliñadas,
y cuando el niño sea hombre,
lo mismo que á m' me pasa,
cubrirá de siemprevivas
vuestra tumba solitaria.

T. B. y M.



